

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Juegos de niños, por P.—Peregrinacion de las campanas, por Fernan Caballero.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Clemencia [continacion], por idem.—Modas, por doña Aurora Perez Mron.—GRABADOS: *Juegos de niños*.—*Estrella á crochet*.—LAMINA: *Figurin*, núm. 768.

EDUCACION É INSTRUCCION.

DE DIEZ Á CATORCE AÑOS.



L grande progreso en los estudios se hace en el período de 12 á 14 años, porque todo se auna en esta edad para estudiar con mejor resultado y aprender con verdadero éxito. Sin los sueños de la adolescencia, exenta de turbaciones interiores que andando el tiempo oscurecerán los mas bellos dias, el discípulo tiene ordinariamente la cabeza despejada, su espíritu es claro, positivo, muy capaz de apoderarse de un objeto cualquiera. No da, ciertamente, grande extension á sus miras, pero le preocupa el éxito de sus estudios, y gozando con la fuerza intelectual que adquiere, se apropia los conocimientos aunque no los juzgue, porque no posee el presentimiento de una perfeccion superior á la del modelo que tiene á su vista. La misma avidez que hay para aprender no deja tiempo para juzgar: así que, aunque no busque defectos halla perfecciones. En esta edad apenas si se anuncia el movimiento que cambiará bien pronto su existencia moral, que traspasará los límites de su sér, y hará experimentar á la juventud, cualquiera que sea el sexo, emociones desconocidas en las artes, en la poesía, hasta en el dominio sagrado de la religion. Lo infinito no le es aun revelado ni en el universo ni en sí mismo. Estraña la juventud á ese estímulo que lleva sin cesar los deseos mas allá de la carrera que le está trazada, no aspira mas que á la libertad, y créese siempre que la ventura será la consecuencia natural. Ignora que se abrirá bien pronto en su alma un vacio inmenso, un vacio causa de

2.^a ÉPOCA.

males, de inquietud, algunas veces de extravios, pero que haciendo á las criaturas incapaces de contentarse de nada sobre la tierra, se constituyen á su manera su dignidad y su gloria, y se crean fantásticamente un mundo mejor.

Sin embargo, lo que falta de grandeza moral á la juventud que así piensa, la hace quizá propia á llenar su destino presente, á poseer la instruccion que debe adquirir. Porque no es con relacion á la inteligencia el que merezca censuras sus disposiciones del momento, sino relativamente á sus relaciones con los otros, que es como se crean sinsabores. Así que la estacion de la vida en que se entra á los diez años, estacion comunmente llamada *edad del escolar*, lo es impropiamente, porque no puede presentarse así en absoluto, pues de la misma manera que está siendo desde los mas tiernos años verdadero escolar, un niño ó una niña de obediencia y aplicacion, no pueden ser considerados lo mismo los niños ó las niñas que aun no han sido preservados de los contagios inherentes á su edad, y entonces les enoja y cansa el órden que es indispensable establecer en los estudios, le hacen esa pequeña guerra que les es peculiar, y se manifiesta en ellos un espíritu de oposicion que desanima y atormenta á los profesores de mil maneras.

No es esto tan frecuente en las niñas como en los niños, porque hay en ellas menos fuerza de voluntad, y no bulle en su cerebro ese activo afán de independencia que hace mas traviesos á los niños; pero tambien suele ostentarse á su manera, y necesita el cuidado y la coreccion de la madre.

En la edad que ahora nos ocupa, ya pueden lamentar los adolescentes las faltas que no hayan corregido, y empiezan á tener la suficiente razon para conocerlas. Cuando una disposicion es bastante general para haber excitado en todo tiempo la atencion, la causa se encuentra, sin duda alguna, en el órden social ó en la constitucion de los individuos: uno y otra se reunen. Los niños soportan los génios, sin

tener el derecho de imponerle, aun cuando quieran imponer su voluntad. Colocados en grado inferior en la gerarquía de los poderes, ¿cómo no asombrarse de que la subordinación no les sea una carga? Además, el desenvolvimiento de su espíritu comienza á contrastar con la insignificancia de su existencia, y las experiencias de la vida humana no se les presentan ni tan numerosas ni tan decisivas.

Impulsados por una insaciable curiosidad, quieren ver el resultado de toda nueva situación: las cosas, los animales, las personas, todo lo quieren poner fuera de su sitio, y lo mismo que á los cinco años rompen sus juguetes para ver los resortes interiores, mas tarde se divierten en poner á prueba los resortes del corazón humano, trastornando las formas convenientes.

Tal creemos sea la explicación de esa pendiente á la travesura condenada en los escolares. El placer que encontramos en la comedia, de ver en situaciones ridículas á grandes personajes que marchan tranquilamente con su acostumbrado paso, se le dan en realidad los niños, y se va desenvolviendo en ellos esa pendiente que se debe evitar, sin que se caiga en el extremo opuesto, porque no puede perderse de vista que en la niñez y en la juventud se contraria y se combate sin piedad, la gravedad estudiada, la importancia escensiva afecta á bagatelas, y la afectación. Háblese á la niñez y á la juventud como á seres sensatos y lo serán, como á seres capaces de moralidad, de orden, y de juicio, pero no prevaleciendo orgullosamente de la superioridad de los años.

La insubordinación, el denigrar, el burlarse, el gusto de hacer malas pasadas, como suele decirse comunmente, y otros parecidos defectos, tienen diversas causas, y no es la mas insignificante la del ejemplo, y la obligación en que están de someterse á personajes de mayor edad y hacia los cuales no se creen inferiores en inteligencia.

Empiécese, pues, á tratar á la juventud en esta edad como si fueran ya hombres los niños, y mujeres las niñas, y sin desprenderles ni aun de los juegos, no será perdida ninguna enseñanza; con la ventaja de que ya se empezará á recojer el fruto, á disfrutar de los resultados de la buena educación.

A. PIRALA.



LA ENTRADA EN EL MUNDO.

IV.

De Leonor á Adela.

Acababan de levantar los manteles, y mi tío me condujo junto al alfeizar de una ventana que da al jardín, y que está casi cubierta por las enredaderas y rosas de guirnalda.

Mi tío se había mostrado triste y preocupado durante la comida.

—Siento, me dijo sonriendo y cogiéndome de la mano, siento tener que hacer contigo el papel de Mentor, mi querida niña, pero careces de madre, y preciso es que yo te ayude con mis consejos, severos tal vez, pero sinceros y desapasionados.

Tu conducta de hoy me ha disgustado infinito. ¿Ves ese rosado capullo que está al alcance de tu mano? Mira cuán espléndidos parecen sus colores, contrastando con el verde oscuro del cáliz que le cobija! ¿No es á tus ojos mas bello que este otro capullo que estoy abriendo á viva fuerza, y cuyo cáliz ha desaparecido ya debajo de sus hojas?

La compostura en la mujer, es el cáliz misterioso que aumenta sus atractivos, que hace resaltar el brillo de sus virtudes.

Pero sigamos la comparación: hé ahí á esos dos capullos, libres otra vez, y cimbreándose otra vez encima de la verde rama. Espera un breve instante: espera á que pase una ráfaga del bullicioso cefirillo... ¿Ves como el céfiro se lleva una por una las hojas del capullo abierto y sin defensa? ves como pasa susurrando de despecho sobre el capullo protegido por el cáliz, y se aleja sin haberle robado sus encantos?

La compostura, hija mía, es la égida que protege á la mujer contra las acechanzas de la vil calumnia; la compostura es la que la preserva de los mil peligros que surgen á cada instante en su camino y pueden conducirla al precipicio.

Bien sé que en las costumbres del día se tiene en muy poco al decoro; bien sé que hoy las jóvenes, orgullosas de sí mismas, haciendo alarde de una libertad nominal y estúpida, se apresuran á romper las antiguas trabas de las conveniencias sociales; bien sé por último, que tú no hiciste mas que imitar á tus aturdidas compañeras, dejándome en medio del camino, y corriendo cada una en dirección distinta....

Pero ahora que estamos solos quiero que consideres las graves consecuencias que puede traer á una joven el faltar á la severa compostura de otros tiempos.

Y cuenta, Leonor, que cuando nuestros antepasados han elevado una cosa á precepto, es porque esa cosa tiene razon de ser, fundada en la esperiencia. ¡ Cuenta que nunca se falta impunemente á uno de esos preceptos, sin sufrir al instante un justo y severísimo castigo !

Pero volvamos á las consecuencias de tu locura de hoy: en primer lugar menospreciasteis mis canas: bien sabiais vosotras que mis piernas no podian tener la ligereza de las vuestras, y que me hariais representar el papel de un viejo tutor de comedia!...

En segundo lugar, diste ocasion á que ocurriera tu aventura con el jóven de la flor, sobre cuya aventura ya has oido los mil maliciosos comentarios que formaron tus amigas, y las mil bromas imprudentes que te dirigieron.

En tercer lugar, y esto es lo que mas siento, tu falta de compostura te condujo á acompañarte con quien no debias.

¡ Libreme Dios de motejar á Margarita, libreme Dios de arrojar ni una sola piedra á la que todo el mundo, tal vez injustamente, se empeña en acusar; pero Leonor, la reputacion de la mujer es, como habrás oido decir mil veces, un cristal que se empaña con la mas leve sombra, proyectada acaso sobre él por una fútil apariencia.

Dá toda tu conmiseracion al sér tildado por la sociedad, pero no le des tu honra, porque no te pertenece. Tu honra pertenece hoy á tus mayores, mañana pertenecerá á tus hijos, y nadie puede enagenar lo que no es suyo! Tiende á esos séres infelices tu mano protectora, si alguna vez necesitan de tu apoyo, pero no te juntes con ellos, no te muestres en público con ellos: los blancos copos de nieve cuando tocan al suelo, aunque conserven la pureza de su esencia pierden su blancura.

Pero esto no es reñirte, repuso mi tio interrumpiéndose vivamente, al ver que las lágrimas asomaban á mis ojos, es aconsejarte nada mas; es querer preservarte del contagio general, origen y fundamento de que hoy la mujer haya perdido una parte de su prestigio...

La perla escondida en el fondo del Océano no tendria tanto valor si se la hallase mezclada entre las guijas de la orilla. La perfumada violeta no seria buscada con tanto afan, si no estuviese oculta entre el follaje.

Antes el hombre se veia obligado á imitar al buzo atrevido, que desafia mil peligros para descender al piélago profundo y conquistar su tesoro, y hé aquí por qué este tesoro adquiria á sus ojos un valor inmenso! Hé aquí por qué antes la mujer estaba colocada sobre un elevadísimo pedestal, y vivia en una atmósfera de adoracion y de respeto!

El siglo en que vivimos tiene cosas buenas y malas; tomemos las primeras, y dejemos las segundas,

por mas que nuestra conducta no tenga imitadores. Lo bueno siempre es bueno, en cualquier época y de cualquier tiempo que sea.

Reásumamos, pues, mi dulce niña, cuida con celoso afan de tu decoro: no olvidando aquel antiguo refran: *díme con quién andas y te diré quien eres*; no renuncies jamás á la púdica compostura, y no te enamores como otras de esa libertad pueril, que solo respeta á la forma. En el fondo, la mujer está como siempre, atada por las cadenas que la misma naturaleza ha arrojado sobre ella: cadenas de flores, si las sostienen en el aire el amor, la abnegacion y la obediencia; cadenas de pesado hierro, si estas tres hermosas virtudes desalentadas las dejan caer al suelo...

Aquí llegaba mi buen tio de su paternal discurso, cuando entró un criado anunciando una visita.

Era ya la hora misteriosa del crepúsculo, y fortuna fué para mí que no trajeran luces, porque me hubiera vendido el repentino rubor que subió á mis mejillas al oír la voz del que venia á visitarnos.

¡ Era la voz que por la mañana me habia dado las gracias con tan dulce tono !

Sí, Adela, el que tenia delante de mí era ni mas ni menos que el desconocido del lago.

Hijo de un anciano militar, compañero de mi tio, venia á Madrid con objeto de seguir una carrera.

Él tambien debió reconocermé, porque se turbó en extremo.

Pasó la velada con nosotros. ¡ Oh, qué grata velada, mi querida Adela! La rapidez con que volaron las horas, me probó que el verdadero placer no siempre se halla en lo que llamamos placeres.

Entraron algunos otros amigos de mi tio, y se puso la mesa para jugar al tresillo.

Yo y Leopoldo, se llama así el desconocido del lago, entablamos una animada conversacion en voz baja.

Pero no vayas á creer que todo esto destruye lo que te decia antes sobre la insensibilidad de mi alma.

No: Leopoldo ama á Margarita: la conoció en su pais natal, adonde ella fué á buscar un refugio contra los ardores del estío, y por seguirla únicamente alcanzó de su padre el permiso de venir á la corte.

¡ Ah, si vieras cómo la ama! con qué fuego! con qué pasión! Cuánto sufre con sus caprichos, con su desvío, con la preferencia que otorga á sus rivales!

Pero Adela, Margarita es coqueta y es amada! Cualquiera que sea la índole de los aplausos que recibe, Margarita es aplaudida: ¿ tiene razon ella? tiene razon mi tio?

¡ Hé aquí un problema que no acierto á descifrar, y que me está atormentando desde anoche !

ANGELA GRASSI.

JUEGOS DE NIÑOS.

Los juegos son un ramo indispensable de la educacion y tienen tambien su antigua genealogia, y su interesante historia. De recreo unos, de ejercicio otros, todos los juegos son necesarios en esos inquietos séres que empiezan á ejercitar sus fuerzas, su agilidad y su imaginacion. Védles en el *Milano*, con que ligereza y tierno afan defiende la *madre* á sus palomitas, que cantan alegres:

Al Milano que le dan
la cebolla con el pan,
no le daban otra cosa
sino la mujer hermosa.



Juegos de Niños.

O esta cancion:

Vamos á la huerta
de Pedro Toronjil,
veremos al Milano
comiendo perejil,
jil, jil, jil.

Y ved al Milano emplear la astucia y agilidad para coger las vueltas á la *madre*, siendo el castigo de su torpeza el cansancio y el aburrimiento.

No se necesita menos astucia y ligereza en la *niña* que hace de *gato* para coger al *raton*, que se halla dentro del corro defendido por el rápido girar de las demas niñas, que cuando logra entrar el *gato* se sale el *raton*, y si antes impedian al descendiente de Mizifuz la entrada, ahora le impiden la salida.

Si en el juego del *Conde de Cabra*, solo se ejercitan los pulmones y las piernas, en la *Rueda de Flores* se va poniendo en evidencia el buen gusto con la eleccion de las mismas.

Los juegos á que da lugar el hielo y la nieve no son menos útiles, por la agilidad que desarrolla el patinar, el saludable calor que presta el ejercicio de hacer una bola de nieve, y la inteligencia que revela en un niño la ejecucion de una choza ó un castillo. Jugando con la nieve en el colegio demostró Napoleon su génio.

Así como la crudeza del invierno, ofrece tambien recreos el verano. La natacion es uno de los mas útiles, no tan solo por el desarrollo físico que se adquiere, lo que se vigorizan los nervios y los pulmones, sino porque puede salvarse la vida y salvarla á otros el que sabe nadar. Los paseos por el agua,

acostumbrándose los niños á manejar los remos para saber guiar una barquilla, son no menos útiles; y jóvenes conocemos que deben su salud á estos ejercicios.

Pero ninguna temporada es mas á propósito para los recreos que la primavera. El campo convida con su magnífica verdura; los jardines con sus aromáticas flores; las aves con sus dulces trinos; el cielo con su encantadora transparencia; la naturaleza toda con sus inimitables galas: todo rie entonces, todo convida al placer. Corren los niños en los jardines tras la mariposa no menos inquieta que ellos; entreteniéndose otros en cultivar las flores, que pueden ostentar luego con mas orgullo, y la *gallina ciega*, avivando el ingénio, el arco y la *flecha* amaestrando la puntería, el *tejo* enseñando el equilibrio por la necesidad de andar y saltar en un pié; los *bolos*, el *peon*, el *boli-*

che, la *peonza*, y otros juegos parecidos que ejercitan el cálculo á la vez que tambien la puntería; los *cubiletes* que demuestran la inteligencia y la destreza, y cuyas esplicaciones enseñan á producirse con facilidad; la *pelota* que da robustez al cuerpo y agilidad á los brazos y piernas; y el *volante*, los *aros*, la *comba*, la *carrera*, el *columpio* y cuantos juegos se presentan á nuestros ojos, y cuantos practican y aun inventan la movilidad y la imaginacion de los niños, todos son útiles, todos son necesarios, y en todos por consiguiente se debe poner particular esmero por los padres ó directores de esas tiernas criaturas, que acaso ostentan entonces lo que ha de decidir de su porvenir.

Comunmente se ve en los niños mostrar sus tendencias á lo que mas les caracteriza. Las niñas ensayan con las muñecas lo que han de hacer de madres, y se ha visto que los principales guerreros no han gustado de otros juegos que los de combates, los mas sábios matemáticos los de cálculo, y así como para Paganini no habia mas recreo que tocar el violín, así para casi todos los grandes hombres fueron sus infantiles recreos los nuncios precoces de su celebridad en las diferencias de su génio.

Si desde niños se forman los ciudadanos, desde niño se debe formar el hombre de la ciencia ó del arte, la madre instruida y virtuosa. Hay multitud de juegos que solo son de instruccion; como el de la formacion de un mapa, que enseña así la geografía, señalando la posicion de cada niño una poblacion ó un punto determinado, y muchos juegos de prendas y de acertijos en los que mas se luce quien sabe mas.

Por eso LA EDUCANDA, que tiene por objeto el recreo y la instruccion de la familia, no puede menos de ocuparse de los juegos, que ademas de su importancia como parte de la higiene ayudan tambien alguna vez á la enseñanza.

No se degradan nunca los padres y madres por tomar parte en los juegos de sus hijos.

Hallábase un día Enrique IV en compañía de su esposa jugando con sus hijos; andaba á gatas llevando encima á caballo á su primogénito, que fué luego Luis XIII, y á su lado iba con un látigo en la mano la infanta Isabel, que despues fué reina de España. Preséntase en este momento el Embajador de esta nacion, y al verle el Rey le pregunta sin moverse:

—Sois padre?

—Sí señor.

—Entonces voy á dar otra vuelta.

Y tenia razon: un padre no podía estrañarse de que otro, aunque fuera Rey, se entretuviese en jugar con sus hijos.

LA EDUCANDA para ayudar á las madres y maestras se ocupará detalladamente de algunos juegos de

niños, haciendo de ellos y de sus figuras alguna aplicacion á la Geometría.

P.

PEREGRINACION DE LAS CAMPANAS.

En todos paises han inspirado los sentimientos religiosos las mas tiernas, las mas cándidas, las mas morales y mas poéticas consejas. Conservadas en el pueblo tradicionalmente esas emanaciones del primitivo sentimiento religioso, es tal el encanto que aun en nuestra fria y escéptica era conservan, que muchas de ellas sirven á los artistas y poetas de asunto é inspiracion.

El silencio que guardan las campanas desde el jueves hasta el sábado santo es debido, segun una de estas tradiciones, á que en esos dias solemnes van todas las campanas á Roma á pedir su bendicion al Padre Santo.

Hemos visto una preciosa estampa inglesa que representa las campanas vestidas de peregrinas, esforzándose las chicas por alcanzar á las grandes, caminando apresuradas hácia Roma, la que se divisa en lontananza.

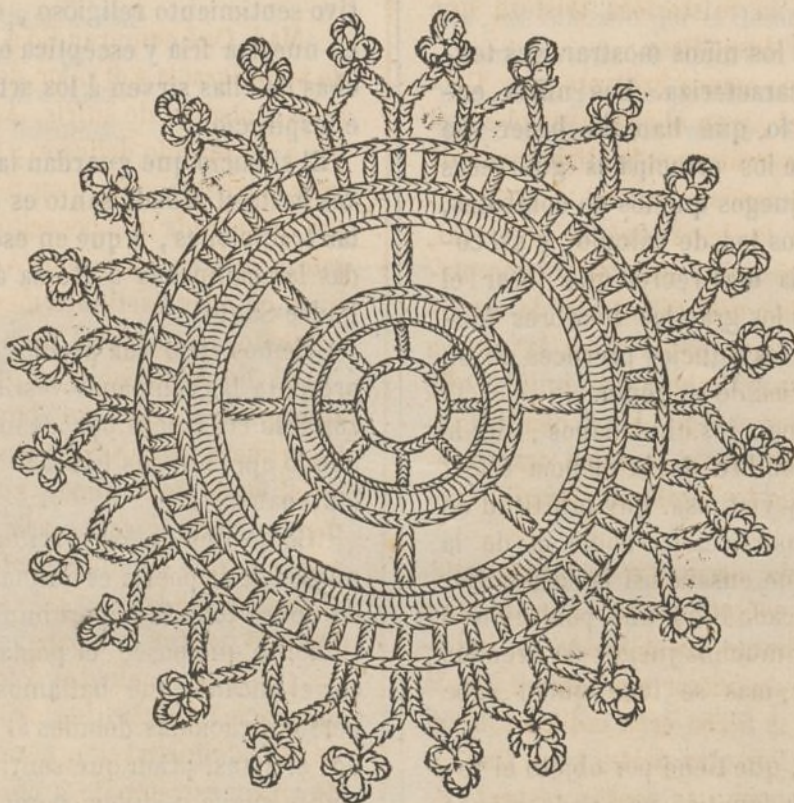
Como uno de los privilegios mas bellos y mas genuinos de la poesía es animar lo inanimado, vertiendo sobre todo la superabundancia de vida y de sentimiento que posee el poeta, no acertamos á esplicar el encanto que hallamos en esta como en otras personificaciones debidas al hábil pincel de inspirados artistas. ¡Con qué sentimiento tan inexplicablemente suave y dulce hemos contemplado aquellas piadosas peregrinas, que satisfechas y reanimadas con la bendicion del Santo Padre de los fieles, vuelven á sus puestos á cumplir su santa y bendita mision! Qué alegres recibirán en su iglesia al recién nacido! Qué solemnemente acompañarán al cadáver hasta que lo cubra la tierra! Con qué ahinco nos llamarán á oír misa! Y muchas darán las horas, recordándonos sus vibraciones, que se estinguen en el espacio, como se estinguen nuestras horas en la eternidad! Subid, benditas campanas, al regresar de la santa romería, á vuestras alturas, volviendo á emprender vuestra santa mision entonando en gozoso coro, el *gloria*!

En cuanto á la poesía, que puede ampliar mas la idea de lo que puede hacerlo el dibujo, traducirémos la preciosa composicion que este asunto ha inspirado al sentido, elegante, y excelente poeta Mr. de Latour, el que como pocos ha sabido enriquecer á tan alto grado su cabeza sin empobrecer su corazon. Alexandre de Lavergne ha dicho: no tiene el corazon peor enemigo que la cabeza. En nuestra era en

que la palabra *ciencia* se ha sobrepuesto á todas las demas, se deduce que la cabeza, paso de la ciencia, ha logrado la supremacia sobre el corazon, santuario de la fé, de la esperanza y de la caridad, así es que de ninguna manera se podria mas acertadamente personificar nuestro siglo que del modo con que los franceses suelen retratar á sus hombres de ingénio, esto es, con una cabeza enorme sobre un cuerpo muy pequeño.

Caminante.

Campanas, cuya voz ha enmudecido durante tres



Estrella á crochet.

días, ya que de Roma regresais, decidme, ¿ qué habeis visto allí?

Campana.

He visto postrado ante el altar á un venerable anciano que rogaba á Dios por todas las criaturas del Orbe.

Era un Pontífice, un Rey lleno de magestad, ante el cual el tiempo parecia haber detenido su incesante marcha.

A él llegaban de continuo de encontradas regiones la amenaza, y sobre su cabeza rugia el trueno.

Alguna vez el augusto Pontífice vuelve su rostro, sonrie, y bendice clemente.

Luego volviéndolo á inclinar ante el altar, prosigue la oracion interrumpida.

Esto es, caminante, lo que he visto en Roma, y veinte siglos han visto en Roma otro tanto.

1863.

FERNAN CABALLERO.

LABORES.

La estrella ejecutada á *crochet* que representa nuestro grabado, es una de esas labores que se prestan á mil combinaciones distintas, bien para formar antimacasares, guarniciones de cama, de peinadores, de pantalon de señora y demas, agrupando muchas iguales ó formándolas en hilera.

Se principia por formar un círculo de 16 ps. sencillos de cadeneta.

1.^a *Vuelta*.—Alrededor del círculo 8 barras separadas por 4 ps. s., y por 1 en el pié.

2.^a—Toda de puntos dobles haciendo dos en vez de uno sobre cada barra.

3.^a—8 barras dobles colocadas encima de las anteriores y separadas entre sí por 8 ps. s.

4.^a—Toda de puntos dobles, ejecutados dos en vez de uno sobre cada barra.

5.^a—Toda de bar. separadas por 2 ps. s., y 1 del pié, ejecutando los mismos 8 crecidos en el círculo.

6.^a—2 bar. en un solo punto, 5 ps. s., en este último punto tres presillitas, la del centro de 5 puntos y las otras dos de 4, 5 ps. s., se deja una barra por medio de las del círculo y se vuelve á empezar desde 2 bar. juntas, etc.

El algodón para esta labor será de Irlanda y del grueso que convenga segun el objeto á que se destine.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

CLEMENCIA.

Continuacion.

La emocion que sentia Clemencia no le permitió comprender estas últimas palabras, que su padre se guardó bien de explicarle: despues de haber formado él mismo el talento de su hija, abrigaba un temor invencible de que la aficion que él mismo sintió hácia el teatro se desarrollase en su hija, y para distraerla de semejantes pensamientos, si acaso los abrigaba, llamó su atencion sobre la misteriosa tristeza que manifestó Laura Monti al despedirse.

Un año corrió: año no menos brillante para Clemencia que los anteriores, y en el cual avanzó en el camino de la vida como por una senda alfombrada de flores, que no tenia ni tiempo de bajarse á recoger. Clemencia disfrutaba de la benevolencia universal, con el candor con que goza una niña: el mismo placer encontraba al escuchar una galantería de un jóven que de un anciano: para todos tenia la misma dulzura, la misma sonrisa. ¡Dichosa tranquilidad que no siempre sabe conservar el alma! En la cándida indiferencia de una jóven se revela la dulce tranquilidad de un corazon que no ha combatido ningun dolor, ningun desengaño.

El padre de Clemencia, en medio de tantas satisfacciones, abrigaba un secreto pesar: queria casar á su hija. Un presentimiento inesplicable le impacientaba: ¡pero donde encontrar un hombre que la mereciera! En cuantos se fijaba eran indignos de recibir semejante tesoro. Por otra parte, unos tímidos en demasía, otros en extremo exigentes respecto de intereses, no osaban acercarse á Clemencia, que no ostentaba mas dote que su talento y su virtud. Este rumor se encargaban de divulgarle todas las madres, que miraban con enojo el valor de Clemencia, añadiendo que solo un Príncipe de *Las Mil y Una noches* ó un loco podria ser su marido. ¿Se presentaria alguno de los dos? Dificilmente.

Mr. Ogé estaba muy lejos de apreciar así la cuestion, y la dificultad, segun él, no consistia en la falta de pretendiente para su hija, sino en que no habria ninguno que la mereciera.

En este estado las cosas, una desgracia imprevista vino á turbar la tranquilidad de la familia Ogé. Al dia siguiente de una espléndida comida, en la cual, el Administrador se habia mostrado pródigo de entusiasmo y de apetito, tuvo que guardar cama, viéndose obligado á abandonarla para asistir á otra comida que daba el Alcalde, y á la cual no se creyó dispensado de asistir. En ella notaron que Mr. Ogé habia comido y bebido con poco gusto, alarmándose Clemencia del comedimiento de su padre.

Aquella misma noche la jóven inquieta se dirigió silenciosamente á la alcoba de su padre por ver si dormia: éste la llamó al aperebirla, la hizo sentar á su lado, la colmó de caricias y la aseguró que se sentia muy mal, á cuyas palabras Clemencia, anegada en lágrimas, corrió á despertar á su madre.

Dos dias despues el Administrador de la aduana de C... habia muerto.

II.

Los dos hermanos.

Mad. Ogé comprendió á primera vista la estension de su desgracia y el valor de la pérdida que ella y sus hijos acababan de sufrir. Acostumbrada á ver siempre á su marido delicado, habia acabado por no prever mayor peligro, y su muerte fué una impresion tan inesperada que necesitó todo el vigor de su naturaleza para no sucumbir. Apoyada en el cariño de sus hijos, y muy particularmente en el que profesaba á Augusto, trató poco á poco de mitigar su dolor.

El de Clemencia no fué menos profundo: su amargura se exhaló en abundantes lágrimas, y pasada la primera impresion procuró guardar sus pesares en el fondo de su alma y conservarlos en ella eternamente. Ni un instante reflexionó que al perder á su padre perdia su único protector, su mejor amigo, en el cual se fundaba su porvenir y su fortuna: le lloró tan solo porque le amaba.

¡Qué de incidentes dolorosos siguieron á aquella desgracia! Preciso fué dejar los magníficos salones de la Administracion para ocupar una casita humilde en un extremo de la ciudad: preciso fué ir empaquetando uno á uno todos sus preciosos muebles, que parecian ir á ocultar su dolor al ver que habia terminado su brillante época. Hasta el piano se creyó no podria colocarse en la nueva casa, y Clemencia propuso venderle y comprar otro mas reducido, á lo cual su madre se opuso, y ambas lloraron ante este incidente, separándose en breve su madre de los brazos de Clemencia en busca de su querido Augusto, porque consuela mas el llanto que se vierte en el seno del sér mas querido.

Mad. Ogé, fiel al sistema de su marido, trató de salvar las apariencias, y no reveló ni aun á su hija la humilde fortuna á que se veian reducidos. Gastó en los lutos cuanto fué necesario, conservó su criada, mas que por lo precisa que le fuese, porque sabida era su condicion hacendosa, por el bien parecer; y de este modo todos sus amigos no pudieron menos de exclamar:

—Indudablemente esta familia tiene bienes de fortuna, puesto que no altera su vida ni sus costumbres.

Su desgracia escitó la simpatía de todo el mundo: la mujer del Alcalde les hizo tres visitas en un mes, y el Alcalde mismo les prodigó amables ofrecimientos.

—¡Pobre niña! murmuraba éste contemplando á Clemencia, de qué le sirve ahora ser hermosa y saber cantar! ¿No valdria mas que supiese coser?

Y se despedia de ellos ofreciéndoles de nuevo su amistad y su apoyo, especialmente para el pequeño Augusto.

El exajerado cariño que Mad. Ogé profesaba á su hijo, no la llevó hasta imponer á Clemencia una posición menos grata en la casa materna que la que habia disfrutado. Lejos de proponer á su hija trabajos á que no estaba acostumbrada, la instaba á continuar sus estudios de lectura, música y bordado, exclamando conmovida:

—Respetemos la voluntad de tu padre. Tu talento formaba su alegría, y toda su ambición se cifraba en que llegases á ser una cantante de primer orden: procura cumplir sus deseos, y aunque yo no sé para qué te podrian servir semejantes estudios, nos basta que tal fuera su voluntad. Ambas se abrazaban entonces vertiendo abundante llanto, y podria decirse que Mad. Ogé halló en su dolor el primer sentimiento de amor maternal para su hija. En tales momentos la contemplaba con cariño, murmurando:

—Cómo te pareces á él!

Y añadía con amargura:

—Y mi pobre Augusto, qué no se le parece!

Estas palabras pesaban sobre el corazón de la joven, que acababa de dilatarse con expansión ante aquella muestra rara de amor maternal. Entonces hizo alguna reflexión dolorosa, pero lejos de darse por sentida, se sometió con mas abnegación que nunca á todos los caprichos de su hermano.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicación del Figurin, núm. 768.

TRAJES DE CALLE.

FIG. 1.^a *Vestido Redingot almirante*, de seda, de medio color, adornado de terciopelo grosella y muletillas de pasamanería de igual color.

Este traje, de hechura enteramente nueva y muy distinguida, se compone de *falda* cortada en nesgas, para que forme algunos, muy pocos, pliegues por de-

lante, y por detrás dos grupos de frunce cubiertos cada uno con una escarapela color grosella que queda mas baja que el cinturón; y *cuerpo* alto, con cuello derecho de dos centímetros y grandes solapas forradas de terciopelo, sostenidas en el ángulo por muletillas semejantes á las que en vez de botones acaban de cerrar el cuerpo, guarnecido de un vivo de terciopelo. Adornan este traje un volante al canto de 16 centímetros montado á gruesas tablas, entre las que bajan patas de terciopelo sujetas por un biés del mismo, que se continúa por delante figurando cerrar el vestido en todo su largo, muletillas colocadas encima del biés y á los dos lados por delante, y cinturón tambien de terciopelo con hebilla dorada. La manga es recta y lleva el mismo adorno, y los bolsillos carteras del mismo terciopelo.

Sombrero de terciopelo epinglé del color del vestido con cordón de terciopelo grosella al pié del ala, y tres patas flotantes sobre el bavolet, alto, de blonda negra, y le completan por delante otro cordón grosella con rizado epinglé, y dos plumas de ambos colores al borde mismo del ala. Bidas grosella.

FIG. 2.^a *Vestido* de seda azul adornado de bullones de la misma tela, terciopelo negro y borlas argelinas de seda negra.

Falda con ancho biés de terciopelo negro en el bajo, y encima dos bullones azules que dejan ver las dos orillas del biés, y otro biés estrechito mas alto: otros dos bieses de terciopelo, uno ancho y otro estrecho, bajan por delante hasta media falda, subiendo sobre la cadera, y descienden por detrás figurando una gran aldeta ó faldón cuadrado, guarnecido de uno á otro ángulo de ricas borlas así como las puntas de adelante: estos terciopelos van cosidos por las dos orillas.

Cuerpo alto, de talle redondo, con cinturón de terciopelo y escote cuadrado, figurado por bieses de terciopelo.

Manga recta adornada como el resto del traje.

Sombrero de felpa, de ala plegada, y cada pliegue sostenido con un botón de nacar: al pié del ala va un biés bordado de azabache con presillas del mismo, que figuran sostener el bavolet de pluma blanca. Lazadas de terciopelo adornan el interior del ala, y las bridas nacen de muy atrás, marcando un bullonado á cada extremo del ala.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.